

LA ESCLAVITUD ENTRE LOS INDIOS DEL NUEVO MUNDO, ANTES DE SU DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA POR LOS EUROPEOS

El indígena del Nuevo Mundo, sin saber que hubiese esclavos en el viejo continente, ya que ignoraba incluso su existencia, esclavizó al indio su semejante. Colón, en su segundo viaje, descubrió nuevas islas en el mar de las Antillas. Poblaba alguna de ellas una raza de indios llamados *caribes*, que asaltaban otras islas pobladas de indios pacíficos. Se comían a los hombres que caían en su poder, y como les parecía la carne de las mujeres y de los muchachos menos sabrosa que la de los hombres, esclavizaban a las primeras reservándolas para su deleite, si eran jóvenes y bellas, y a los segundos los castraban, engordaban y retenían en esclavitud hasta que llegaban a ser hombres formados, para regalarse con sus carnes en un banquete.

Al pasar Colón por la Guadalupe y San Martín, recogió en sus naves algunas mujeres y muchachos esclavizados por los caribes, de cuyo poder habían huido, y los llevó a la Española, término de su viaje.

Fue el Darién el punto del continente en que establecieron los españoles su primera colonia; y allí vieron que algunos padres vendían a sus hijos. Diversas tribus de aquella región esclavizaban a sus prisioneros de guerra; y sus amos, para distinguirlos, los marcaban en la frente con un instrumento encendido, o les arrancaban un diente o, en fin, les teñían el cuerpo con una pintura que duraba toda la vida. De estos esclavos participaron algunos españoles que se establecieron en el Darién. A Vasco Núñez de Balboa y a su compañero Rodríguez Colmenares regaló setenta el hijo primogénito del señor Comogre. Regalo semejante hizo al primero el cacique Pocorosa, cuando pasó por sus tierras. Indios procedentes del mar del Sur subían en canoas por un río que pasaba por delante de la casa del cacique Comogre, y a cambio del oro que le ofrecían, él les daba ropa de algodón y esclavos indios e indias hermosas para su servicio.

Cuando Cortés partió de México para Honduras, con objeto de castigar la rebelión de Cristóbal Olid, encontró un pueblo llamado Oculan o Acalan, en el que había muchos mercaderes ricos que traficaban en gran número de esclavos.

Cuando los españoles recorrieron en 1536 el valle de Bogotá al mando del licenciado Gonzalo Jiménez, teniente del Adelantado, don Pedro de

Lugo, tuvieron noticia de una nación de mujeres que sin tener hombres en su seno, vivían solas por sí; y de aquí fue que los españoles las llamaron amazonas. Decíase que compraban esclavos para que las fecundasen, y que después los despedían de su lado: si parían varón, enviábanle con su padre, y si era hembra la criaban para aumentar el número de su nación. No es creíble tal fábula, pero ella misma indica que la esclavitud no era desconocida entre aquellos indios.

También hubo esclavos en el vasto país de Anáhuac, llamado Nueva España por los españoles. Después de la batalla que ganó Cortés a los indígenas de Tabasco, los caciques, para captarse su amistad, le regalaron veinte esclavas, y entre ellas la llamada Marina, amiga de Cortés, y que sirviendo de intérprete a los españoles, tan útil les fue para la conquista del imperio mexicano. Regalos semejantes le hicieron también otros señores en la marcha que emprendió desde las costas a la ciudad de México.

En las provincias que ya tenían alguna civilización, como México Texcoco, hubo leyes que regularizaron la esclavitud, determinando los diferentes modos con que el hombre libre podía perder su libertad. El que una sola vez, o por costumbre, hurtaba cosa de poco valor, y ni él la restituía, ni sus parientes la pagaban, era esclavizado. El que cometía algún hurto considerable, aunque sólo fuese por primera vez, era también esclavizado en favor del dueño de la cosa sustraída. Y si reincidía, se le castigaba con pena de muerte.

En la región donde habitaban los mixtecas, se esclavizaba a los deudores insolventes.

Cuando los españoles llegaron a Tlaxcala, vieron que los tlaxcaltecas tenían esclavos indios; y como sus matrimonios eran lujosos, los parientes del novio regalaban a la novia, entre otras cosas, esclavos y esclavas. En la muerte de los señores acostumbraban, a semejanza de los antiguos escitas, arrojar vivas en la hoguera junto con el cadáver las mujeres que más quería, y algunos esclavos y esclavas, para que les sirviesen en la otra vida. El hombre libre que fecundaba esclava ajena, y ésta moría durante su embarazo era esclavizado. También lo era el que escondía o hurtaba algún niño para servirse de él o venderlo como hijo suyo; y al que esto último hacía, se le confiscaban ade-

más los bienes, dándose una mitad al niño robado, y pagándose de la otra mitad al comprador el precio que por aquel había dado. Si personas libres eran robadas, lo eran con más frecuencia los esclavos, pues los traficantes de ellos cometían comúnmente este delito.

Cuando los vasallos no pagaban al monarca el debido tributo, después de vencido el plazo que les daban los recaudadores, eran o sacrificados, o vendidos para cubrir la deuda con su importe. Aquel que sin ser amo, o hijo de éste, impedía al esclavo prófugo que se acogiese al palacio del emperador, incurría también en la pena de esclavitud. Suerte igual corría, con la confiscación de sus bienes, el que vendía tierras ajenas que tenía arrendadas.

Algunas mujeres y hombres holgazanes solían venderse a otras personas como esclavos para continuar por algún tiempo los desórdenes de su vida. Fue costumbre entre las mujeres licenciosas engalanarse, pintarse el rostro y los labios; y como se entregaban al libertinaje, no por el interés, sino por sensualidad, a veces, no teniendo con que adornarse, vendían su libertad. Así en esta venta, como en la anterior, los esclavos comprados no empezaban a servir inmediatamente, sino que el comprador le daba un plazo más o menos largo, pero que rara vez pasaba de un año, para que disfrutasen del precio que habían recibido.

Lo mismo acontecía con los hombres, que aficionados al juego de la pelota y del *patolli*, que era algo semejante al de los dados, llegaban al extremo de jugar su libertad como los antiguos germanos.

También la miseria forzaba a muchos indios a vender su libertad y la de sus hijos; si bien la venta era nula, si éstos no consentían. Esta venta de los indios pobres y de sus hijos se multiplicaban lastimosamente en tiempos de hambre.

Otro modo particular de esclavitud, llamada *huehuetlatcolli*, que en la lengua mexicana significaba culpa o servidumbre antigua, consistía en que una o dos familias acosadas por la miseria se juntaban para vender uno de sus hijos y repartir el precio entre sí, obligándose cada una de ellas a reponer el esclavo aun cuando muriese. Esta obligación era transmisible a sus descendientes; sólo se eximían de ella si el esclavo moría en casa del amo, o si éste tomaba algo de lo que aquél tenía; pero el amo, para conservar siempre su derecho,



no cogía nada perteneciente al esclavo, ni menos permitía que éste habitase en su casa. Si después de algunos años de servicio, el hijo esclavo deseaba descansar o casarse, pedía a las familias que lo habían vendido que otros miembros de ellas entrasen a servir en su lugar por cierto tiempo; pero aún en el caso de que otro lo reemplazase, ni él ni la mujer con quien se casaba quedaban exentos de la obligación primitiva.

Para evitar fraudes, la venta de personas libres, o de esclavos, se hacían comúnmente en presencia de cuatro o más testigos ancianos, los cuáles intervenían también para fijar el precio entre el comprador y el vendedor. Había hombres de mala fe que se vendían dos veces a distintas personas para participar de doble precio. En este caso, el esclavo era del amo que lo había comprado delante de testigos y con otras seguridades; pero si las dos ventas se habían hecho con los mismos requisitos, se declaraba propiedad del primer comprador.

Vendíanse los esclavos no sólo en lugares privados, sino en los mercados públicos; y la vez primera que los españoles entraron en México, vieron en la gran plaza de aquella ciudad muchos esclavos y esclavas en venta, sueltos unos, y atados otros a unas varas largas y con collares al cuello para que no huyeran. Encontrábanse en los mercados esclavos de ambos sexos y de diferentes edades; y cuando los principales mercaderes recorrían varios países, pasando por algún territorio enemi-

go, los cubrían con armas defensivas para que no se los matasen. Los comerciantes eran tenidos en gran estima, y hombres y mujeres se dedicaron al tráfico de esclavos.

La guerra, fuente muy fecunda de esclavitud en las antiguas naciones del viejo continente, no lo fue en el imperio mexicano. Esta anomalía no provino de que las razas que habitaron aquel dilatado territorio fuesen todas pacíficas; pero su carácter era feroz y la religión sanguinaria que profesaron, los arrastró a inmolarse a casi todos los vencidos en los altares de sus dioses. No se limitaban a los vencidos tales sacrificios, pues en ciertas ocasiones se compraban esclavos para inmolárselos.

Inmolábanse los esclavos, no sólo en las ceremonias religiosas, sino en los funerales de sus amos.

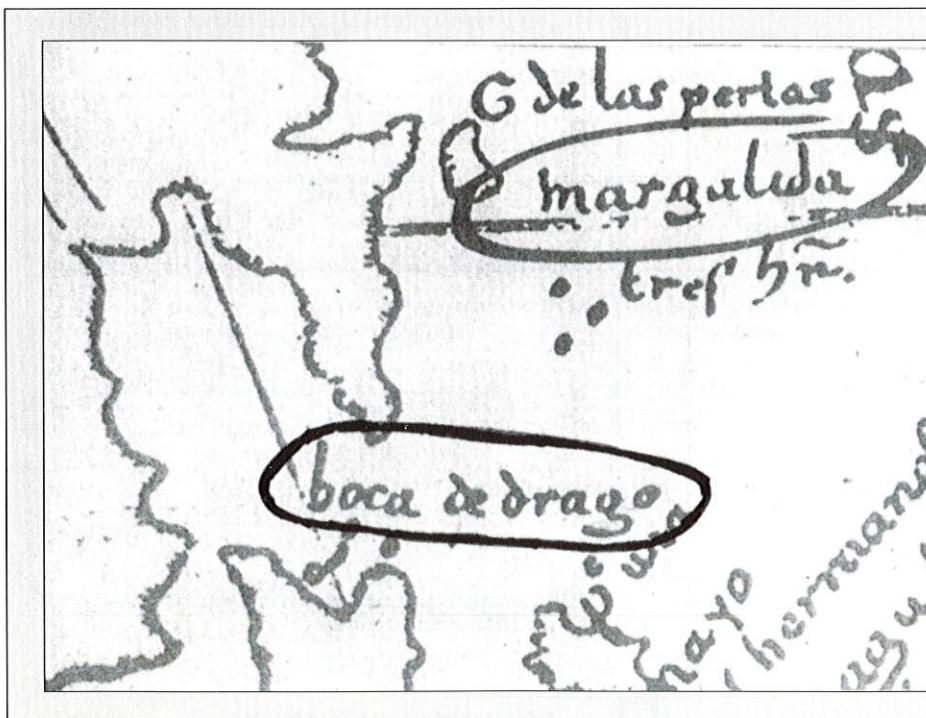
Al contemplar estos sacrificios de los esclavos, podría creerse que la esclavitud fue muy cruel entre los mexicanos, pero nada más erróneo; el mexicano, sanguinario con los esclavos delante de los altares, dentro del recinto doméstico los trató con mucha humanidad y dulzura. Las leyes los protegían, y el hombre que los mataba, sufría pena de muerte. Sus tareas eran pocas y moderadas; podía casarse, tener familia, bienes y aun esclavos, sin que su amo pudiese servirse de ellos, ni impedirles que los comprasen. Muchos amos al morir, los dejaban libres; otros frecuentemente se casaban con sus esclavas, y las amas viudas con sus esclavos. Cuando éstos eran muchachos, se les miraba

como hijos. La esclavitud del padre o de la madre, o de los dos, en nada afectaba al hijo, y éste por consiguiente nacía libre; cosa que jamás se vio ni aún en las naciones más civilizadas de los tiempos antiguos y modernos. Cuando los señores se disponían a marchar a la guerra, sentenciaban a muerte a los esclavos que estaban presos por algún delito grave; pero también libraban de la cárcel a los injustamente retenidos en esclavitud.

En el mes de año en que los mexicanos celebraban la fiesta del dios Texcatlipoca, no se podía maltratar a ningún esclavo, pues el amo lo prohibía bajo graves penas a todos los miembros de su familia. Desde la víspera de la función se quitaban las colleras a todos los presos; se los bañaba, enjabonaba y limpiaba la cabeza, y el amo los obsequiaba como si fuesen los hijos queridos de aquel dios.

Tan desinteresado y generoso fué el trato dado por los mexicanos a sus esclavos, que cuando Carlos I mandó libertar a los indígenas injustamente esclavizados por los españoles, los indios ya cristianos y propietarios de esclavos de su misma raza, cediendo a los consejos de los religiosos misioneros, no sólo los libertaron voluntaria y gratuitamente, aunque a ellos no se refería la orden de aquel monarca, sino que les proporcionaron medios con que subsistir en su nueva vida.

*José Antonio Saco
Madrid, 1974*



Durante su tercer viaje al Nuevo Mundo, en la costa de Venezuela, en 1498, Cristóbal Colón bautizó diversos lugares geográficos con su propia lengua vernácula: el mallorquín. Con el nombre de su madre bautizó a la isla "Margalida", (Isla Margarita). "Boca de drago", equivale a boca de dragón en castellano. El cartógrafo Juan de la Cosa las transcribió en la carta náutica que dibujó en el Puerto de Santa María en el año 1500. Actualmente se conserva en el Museo Naval de Madrid.